



Fotografía erótica

El cuerpo como imagen absoluta del mundo*

JUAN GARCÍA PONCE

La fotografía erótica, por el mismo valor inherente al medio, hace visible una verdad fácilmente comprobable y que por su misma evidencia se tiende frecuentemente a ignorar: el cuerpo tiene una capacidad expresiva cuya belleza se encuentra en él mismo y simultáneamente es un campo neutro sobre el que debe actuar el artista para mostrar sus propias capacidades creativas. En toda fotografía erótica —en todo arte erótico, debería decirse para mayor exactitud, así como para mayor exactitud tenemos que recordar que en todo el arte existe un elemento erótico en su misma base, sólo que en el arte erótico este elemento se convierte en su centro— hay una doble calidad: la del modelo y la que el artista pone en el modelo mediante su particular manera de revelarlo. Rogelio Cuéllar nos obliga a reparar en esta circunstancia con una fuerza muy especial. Nada hay tan directamente sexual como sus fotografías eróticas, y en ellas, precisamente, nada es naturalmente sexual porque todo es, precisamente, erótico. La sexualidad, gracias a la habilidad para subrayarla, está abolida —o, para ser más preciso, trascendida— hasta un plano que al revelarla nos la oculta y que al ocultarla la hace más evidente pero dentro de un plano en que su cualidad ya es otra. Nos encontramos ante uno de los inevitables elementos de la belleza: nace de los sentidos por encima de nuestra comprensión racional, va más allá de los sentidos para entrar a un terreno en el que la contemplamos racionalmente y en el que existe por sí misma, sola, independiente, dueña de sus propios valores y no buscando más que esos valores; abandona el terreno de lo racional y, contradictoriamente, al apreciarla, nos regresa a los sentidos. Es fácil decirlo; no es fácil hacerlo. En el arte erótico, en el arte directa y buscadamente erótico, demasiados elementos nos están llevando de continuo hacia la voluntad del artista de trascender lo sexual, de disimularlo, para hacer, claro está, obras de arte. Y o desaparece el erotismo o desaparece el arte. La doble naturaleza de la imagen crea este riesgo y, porque este riesgo está más acentuado que en ninguna otra forma de arte, en el arte erótico quizá nada hay tan atractivo para el artista tanto como para el espectador como él.

La razón es muy sencilla: no se trata de que sus valores sean más altos que los de cualquier otra forma de arte, sino que al dirigirse hacia Eros, hacia sus mismos orígenes, en el arte erótico está más acentuada la relación que el arte debe disimular siempre hasta el punto de hacerla desaparecer por completo entre el tema y su realización. El cuerpo del que se sirve directamente el arte erótico es un objeto natural, y el arte es un objeto artificial.

Y, no obstante, el arte erótico debe mostrar en toda su capacidad de seducción los cuerpos y debe ocultar el artificio que los lleva a otro plano, al tiempo que los revela en aquel donde actúan como objetos. ¿Cómo logra este efecto Rogelio Cuéllar? Los cuerpos —los objetos naturales y los objetos de su arte en esta ocasión— están secretamente despersonalizados. Son, antes que nada y por encima de todo, modelos, y empero, no obstante y sin embargo, la realidad del arte que convierte a los cuerpos en modelos nos lleva hacia la realidad de los cuerpos no como podemos verlos por nosotros mismos sino como Rogelio Cuéllar nos obliga a mirarlos. Es difícil apartar la vista de estas fotografías: nos muestran los cuerpos elegidos como imagen absoluta del mundo de una manera que parece estar revelándonoslos por primera vez. Nada en ellos es natural. Con mucha frecuencia la voluntad de impersonalidad llega hasta el extremo de que el artista oculta los rostros de sus modelos, y porque nada es natural, lo natural aparece y se nos muestra en toda su capacidad de revelación con arte erótico, arte en que el espíritu ha tocado a la sexualidad para mostrárnosla a través de los ojos del conocimiento.

Tal vez sea cierto que ése es el pecado original. Es indudablemente cierto que una absoluta inocencia, la inocencia de la belleza, es lo que busca todo artista. Finalmente, junto al cuerpo que le sirve de modelo, lo que las fotografías eróticas muestran es el ojo, la mirada de un artista. ●

* Texto para el catálogo *Rogelio Cuéllar / El paisaje del cuerpo*, México, Casa Lamm, 1998.